

LOS BUHOS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Lara el 8 de febrero de 1907.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMALIA.....	SRA. RODRÍGUEZ.
LUISA.....	> RUIZ.
TRINIDAD.....	SRTA. ALBA.
DON FAUSTINO.....	SR. RUBIO.
DON MANUEL.....	> BARRAYCOA.

La acción en un pueblo cercano a Madrid. Derecha e izquierda, las del actor.

LOS BUHOS

ACTO PRIMERO

Sala-biblioteca de D. Faustino, en una casa de un pueblo.

ESCENA I

DON FAUSTINO y DON MANUEL, estudiando y escribiendo.

FAUSTINO

Nada, no doy con el texto. Fío en su memoria de usted. Será como usted dice.

MANUEL

Esté usted seguro.

FAUSTINO

Sí, sí; su memoria de usted es admirable; la mía lo fué; ya flaquea. Bueno, escriba usted, y dejémoslo por hoy... ¡Cinco horas de trabajo! Y hoy no nos ha cundido mucho.

MANUEL

Es la parte más delicada, don Faustino; toda de erudición, de comprobaciones. No se edifica un

monumento como un castillo de naipes; es obra para siglos; es natural que no sea obra de un día.

FAUSTINO

¿Verdad que sí? Será una obra... Una obra que bien valdrá una vida. Casi toda la mía la empleé en ella. ¡Mi obra! ¡Mi vida! Mi Diccionario de Ciencias naturales. No existe, no existirá ninguno tan completo, tan razonado, de tan amplio espíritu. Tratándose de la ciencia, de la verdad, usted lo sabe, yo no me caso con nadie; yo podré estar equivocado, pero nunca por apasionamientos ni por tesón, como ese desgraciado de Pérez Junquera. ¿Usted ha visto mayor disparate que su último libro? Eso es el desatino por el desatino... Y ahí le tiene usted, académico, cargado de cruces, celebrado por la Prensa y por todo el mundo.

MANUEL

Consiguió lo ideal en este país: que el hombre sea conocido y las obras ignoradas.

FAUSTINO

¡Ay, mi querido amigo! Si yo no le conociera a usted y no supiera muy bien que usted prefiere la propia y segura estimación de su conciencia a toda esa vulgar vanagloria, atendiendo sólo al provecho, le diría a usted: ese, ese es el camino; en vez de visitar bibliotecas, visite usted ministerios; en vez de corresponder con sabios obscuros, corresponda usted con personajes de viso; desgaste usted suela y tacones, y no sus ojos y su inteligencia, y procure usted hacer siempre más del pavón de Juno que del buho de Minerva.

MANUEL

¡Don Faustino! Y si yo siguiera sus consejos, que en usted sólo puede ser ironía, ¿cómo podría llamar a usted maestro con orgullo?

FAUSTINO

¡Bravo, bravo! Orgullo el mío de tener a usted, no por discípulo, por compañero.

ESCENA II

DICHOS y TRINIDAD por la segunda izquierda.

TRINIDAD

¿Dan ustedes su permiso?

FAUSTINO

Adelante, Trinidad; adelante.

TRINIDAD

¿Cuándo quieren ustedes almorzar?

FAUSTINO

Ahora mismo. ¿No es verdad, don Manuel?... ¿Qué nos has preparado?

TRINIDAD

¿Preparar? Nada.

FAUSTINO

¡Esa es buena! ¿Y nos preguntas si queremos almorzar?

TRINIDAD

Sí, señor, que lo pregunto; y hasta que no estén ustedes sentados a la mesa como Dios manda, no preparo nada; que todos los días es la misma canción, y desde que dicen ustedes: «Ya vamos», hasta que vienen ustedes, todo se pasa, todo se enfría y todo se lo lleva el demonio; y si grito, dicen ustedes que no se me puede aguantar; y si el almuerzo se echa a perder, luego poner faltas ya saben ustedes; que si esto no es hacer para con Dios y ganarme el cielo, no sé yo quién lo gane. ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Qué daría yo por saber lo que tienen ustedes que leer tanto en esos condenados librotos, que ya no son ustedes tan chicos para tener que aprender nada? Y lo que yo les digo a ustedes es que todo el mundo tiene que hablar; y si no fuera porque en el pueblo les conoce a ustedes todo el mundo, el mejor día teníamos aquí a la justicia para hacer un registro de todo; porque murmurar ya se murmura.

MANUEL

¡Señora Trinidad!...

FAUSTINO

Déjela usted; a mí me divierte. De modo que tú crees que si no estuviéramos bien con tanta gente principal... ¿Y qué se dice, qué se dice de nosotros?

TRINIDAD

Sin fin de cosas. Lo primero, que son ustedes unos herejes, porque sólo un día fueron ustedes

a la iglesia, y fué para curiosarlo todo y encarearse por los altares sin devoción y sin respeto.

FAUSTINO

En eso tienen razón, y lo enmendaremos; ¡pero si nunca sabemos en qué día vivimos! Mira, desde ahora, todos los domingos, aunque te llamemos pesada, no nos dejes en paz hasta que vayamos a misa. A mí no me gusta escandalizar en ninguna parte, y en estos pueblos menos. ¿No está usted conforme, don Manuel?

MANUEL

De toda conformidad.

FAUSTINO

¿Y qué más se dice de nosotros?

TRINIDAD

¡Qué sé yo! ¡Si fuera a decirles!... Ayer mismo doña Amalia decía a todo el que quería oírlo que eran ustedes unos brujos.

FAUSTINO

¡Calla, mujer! Buhos, buhos es lo que dijo; como nos llaman siempre, y eso no es nada malo.

TRINIDAD

Pues no suena a bueno.

FAUSTINO

Bromas de doña Amalia. Ella en cambio es una gentil alondra. ¿No le parece a usted, don Manuel?

MANUEL

¿Alondra? No sé; pero una buena pájara, seguramente.

TRINIDAD

¿Pájara ha dicho usted? Y de mucha cuenta.

FAUSTINO

Vaya, vaya; decimos que dicen, y nosotros también decimos. Allá cada cual en su casa. Doña Amalia es una buena señora... Un poco habladora, algo entrometida...

TRINIDAD

¿Algo? Cuando pase a más, avise usted si le parece. A las ocho de la mañana ya se habían entrado la madre y la hija por la huerta, y hasta la cocina se metieron a oliscarlo todo y a gulusmeármelo todo; venían por un molinillo prestado, y con el molinillo se llevaron la chocolatera y un papel de manzanilla, y otro de clavo, y medio limón, y no dejaron puchero sin asomar las narices, y la niña se puso a comisquear almendras tostadas y de la lechuga que estaba en remojo; hasta de los cañamones y del alpiste de los pájaros; así está ella con esa cara de acelga cocida...

FAUSTINO

No, ¡pobrecilla! Luisita es muy linda y muy cariñosa.

TRINIDAD

Sí, más prudente y más callada que la madre ya es... Porque doña Amalia tanto habla, que ni ella misma se entiende. Cuando empieza a contar cosas de cuando estuvo en las islas Filipinas, que está mucho más lejos que las Américas, según dice, y dice que ha ido y ha vuelto dos veces, y cuenta una de grandezas que no acaba, y dice que si allí tenía criados para todo, hasta para darle aire cuando tenía calor... ¿Y cuando habla de su marido? Que tan pronto era militar, y dice que no paraba nunca a su lado, como dice que estaba muy enfermo y que ella no se separaba de junto a él ni de día ni de noche, que no se compagina lo uno con lo otro... Y tan pronto dice que ojalá y le viviera y no se vería como se ve ahora, como dice que ojalá y se hubiera muerto dos años antes de lo que se murió, que de ahí viene toda la ruina de su casa, que tampoco se compagina lo uno con lo otro. Y tanto dice, que no se puede atar dos cuartos de cominos con todo lo que dice.

FAUSTINO

¡Mujer! Si es que estuvo casada dos veces, una con un militar y otra con un empleado... Tú si que no te enteras...

TRINIDAD

Demasiado me entero; más de lo que ella quisiera; que la de don Policarpo tiene una hermana en Madrid que conoce a esta doña Amalia y sabe lo que es y lo que no es... Y eso de los maridos

riase usted, don Faustino, que quisiera yo ver la partida de matrimonio y la fe de viuda, y quisiera yo...

FAUSTINO

Y quisiera yo que te fueras a la cocina, y quisiera yo que almorzáramos, y quisiera yo que no charlaras tanto. Eso es...

TRINIDAD

No, si a usted no siendo cosas del otro mundo no le importa nada. Pues sepa usted que la gente ya murmura de que doña Amalia venga aquí tanto y entre y salga como Pedro por su casa, y...

FAUSTINO

Bueno, bueno; dejémonos de historias, que no hay paciencia para oírte. Vengo aquí para estar tranquilo, para trabajar con sosiego, y nos vienes tú con chismorreos de comadres... Ea, se acabó, se acabó he dicho; a la cocina, a tu obligación..., y que no lo pague el almuerzo.

TRINIDAD

No, si hasta que no les vea a ustedes sentados a la mesa no me pongo a hacer nada... Conque ustedes verán.

FAUSTINO

Mira, Trinidad, que eres inaguantable.

TRINIDAD

Sí, que a usted le aguanta cualquiera y a don Manolito también.

MANUEL

¿A mí? ¡Pues si yo nunca digo nada!

TRINIDAD

No, usted no dice nada, pero tiene usted un modo de callar, que yo entiendo. Mire usted, prefiero al señorito, que grita por todo y dice todo lo que le parece.

MANUEL

¿Pero oye usted, don Faustino?

FAUSTINO

No haga usted caso.

MANUEL

¿De qué le sirve a uno ser prudente?

TRINIDAD

¿Hablaba usted de mi pleito?... Ya están ahí otra vez la madre y la hija.

AMALIA

(Dentro.) ¡Trinidad! ¡Trinidad!

TRINIDAD

¡Digo, en la cocina otra vez?

AMALIA

(Dentro.) ¡Trinidad! ¡Trinidad!

FAUSTINO

Doña Amalia, Luisita... Pasen ustedes... Vengan ustedes acá... Y tú a la cocina, y di a esas señoras que pasen.

TRINIDAD

No es menester. Ya vienen... Y qué recompuestas y qué... ¡El demonio, el demonio! (*Vase Trinidad por la segunda izquierda.*)

ESCENA III

DON FAUSTINO, DON MANUEL, AMALIA y LUISA
por la segunda izquierda.

FAUSTINO

Adelante, adelante. ¡Doña Amalia, Luisita!...

AMALIA

Que no queremos incomodar, que si están ustedes en sus estudios nos vamos...; que con nosotras no gaste usted cumplidos, don Faustino de mi alma, que nosotras ya hemos tomado esta casa como nuestra, y usted dirá que es abusar, pero abusamos en la confianza de que tiene usted libertad para no recibarnos o para echarnos cuando molestemos; ¡no faltaba más!... A todo esto, ¿cómo están ustedes desde anoche?

FAUSTINO

Para servirla siempre, mi señora doña Amalia.

AMALIA

¡Ay, por Dios! Ni señora, ni doña; ya se lo tengo dicho. Amalia, Amalia nada más. Mire usted, es una aprensión, pero me enoja que me digan doña. ¿Y usted, don Manolito? ¡Ay, usted perdo-

ne! A usted le digo siempre don, y es usted un muchacho.

MANUEL

Señora...

AMALIA

Pero es que no lo parece usted, perdone usted que se lo diga; es como don Faustino, que se empeña en representar más años de los que tiene, porque usted es joven todavía; se conoce a pesar de todo. Es que los hombres de estudios tienen ustedes la coquetería de envejecerse; yo creo que se arrancan ustedes el pelo y se pintan ustedes canas; creen ustedes que así están más respetables.

FAUSTINO

¡Ay, no, amiga mía! Yo soy viejo de verdad, muy viejo.

AMALIA

¡Calle usted, por Dios! Si yo fuera algo de usted, en cuatro días le ponía como nuevo; cuestión de sastre. Y a don Manolito, no se diga. A todo esto no nos han dicho ustedes si incomodamos. Al pasar por la cocina hemos visto que no han almorzado ustedes todavía; por nosotras no lo retrasen. Almuercen ustedes, que aquí nos quedamos escogiendo unos cuantos libros.

FAUSTINO

Ya nos avisará Trinidad cuando esté dispuesto. Si quieren ustedes acompañarnos...

AMALIA

Si nos levantamos de la mesa... ¡Y cómo hemos comido! Aquí comemos a la española, y nos prueba muy bien, como todo lo que sea variación. ¡Es que en Madrid hemos llevado una temporada con los disgustos de mis pleitos!... ¡No quiera usted saber lo que son pleitos, y para una mujer sola que no tiene quien la aconseje ni de quien fiarse! ¡Ay, qué curia, don Faustino de mi alma; qué curia! Si no ando lista me la juegan en primera instancia, ¡vaya si me la juegan! Gracias a que yo no me duermo, y todo lo que haya que hacer yo lo hago; hay días que a las ocho de la mañana me pongo mi mantito de viuda pobre, como yo digo, tomé mi cochecito por horas, y donde yo no me meta no se mete nadie; que a los Ministerios, que a las Salesas, que al Registro... ¡No sé cómo tengo yo cara de las muchas vergüenzas que tengo pasadas por tantos sitios!... ¿Dónde has dajado esos libros, Luisita?

LUISA

Aquí, mamá; ahora los pondré en su sitio.

MANUEL

No se moleste usted, señorita.

LUISA

No, si me acuerdo muy bien de donde estaba cada uno.

AMALIA

Ya ve usted que a nosotras se nos pueden dejar libros; los devolvemos.

FAUSTINO

Señora, era lo mismo. Los pocos libros de entretenimiento que hay aquí están a disposición de ustedes.

AMALIA

Si, que son poco entretenidos. Yo no he podido acabar ninguno. Pero no sabe una qué hacerse por la noches; es lo único que echo de menos aquí..., el teatro, porque las tertulias de pueblo me horripilan, y no es porque estén ustedes presentes, pero aquí las únicas personas tratables son ustedes; pero, ¡claro está!, ustedes hacen su vida, se recogen temprano... Y además, que la conversación de ustedes es muy agradable para nosotras, porque a mí siempre me ha gustado tratar con personas que puedan enseñarme algo, y con personas como ustedes siempre se aprende; pero nosotras, ¿de qué les vamos a hablar a ustedes que les importe?... Cuatro tonterías sin substancia.

FAUSTINO

No, señora.

AMALIA

Bien que siempre no va una a hablar de cosas serias, y las tonterías son las que le ayudan a una a pasar la vida. Nadie tiene tantas cosas tristes en qué pensar como yo, y hago por no acordarme, y el día que estoy afligida, con cualquier tontería me tiene usted que ya me estoy riendo como si fuera la mujer más feliz de este mundo... Y gracias a mi carácter no estoy ya enterrada...

LUISA

¿Ve usted cómo he sabido colocarlos?... Y éstos arriba.

MANUEL

Pero, señorita, va usted a molestarse...

LUISA

No, no; si quiero dejarlos en su sitio; ¡no faltaba más!...

MANUEL

Que puede usted caerse...

LUISA

No me caigo, no, señor. Sujete usted un poco. Muchísimas gracias.

AMALIA

Pero Luisita, Luisita, ¡por Dios, no te caigas!

LUISA

Que no me caigo, mamá; ¡ni que fuera boba!

AMALIA

Y mira don Manolito, debajo de la escalera, como San Alejo. Algo se pesca, ¿verdad? Pero Luisita, Luisita, y dices que no eres boba, y no reparas que don Manolito te está viendo todo lo que quiere...

MANUEL

¡Señora! ¿Yo...? Le juro a usted que ni por lo más remoto...

LUISA

¡Qué cosas dices, mamá! Por Dios, no haga usted caso.

MANUEL

Crea usted que yo deploro que su mamá de usted haya supuesto...

AMALIA

No se sofoque usted; si porque sea usted sabio no deja usted de ser hombre como los demás... Y ¿a qué están ustedes en cuanto una se descuida?...

FAUSTINO

Yo me atrevería a poner las manos en el fuego porque en don Manolito no hubo la menor intención.

LUISA

Si es mamá, que dice unas cosas...

FAUSTINO

Son bromas, ya se sabe.

MANUEL

Son bromas muy pesadas; yo soy incapaz, y si se interpreta así una fineza...

AMALIA

¡Ay, el casto José! ¡Está usted más azarado que la niña!

LUISA

¡Mamá!

AMALIA

Si le enterrarán a usted con palma... Pues para un hombre no es ningún mérito. Los hombres tienen que haberla corrido, y de correrla, correrla pronto. ¿No tengo razón, don Faustino?... Vamos a ver, en confianza: usted mismo, que ahora se pasa la vida en este pueblo, sin más ali-ciente que sus libros y sus cachivaches, sin tra-tarse más que con don Manolito y con Trinidad, tan metido en sí y con esa cara de santo que da gana de pedirle a usted como a los santos..., ¿a que de joven ha tenido usted sus historias?... ¡Vaya! Tiene usted unos ojillos que todavía le relucen; usted debe haber sido muy enamorado, don Faustino.

FAUSTINO

No crea usted... Ya ve usted, cuando no me he casado...

AMALIA

¡Ay! Eso no dice nada. Eso es el sino: boda y mortaja, del cielo baja. Y que a lo mejor, el ca-riño va por una parte y el matrimonio por otra; hablo por experiencia: cuando le entra a uno el enamoramiento de veras, casi siempre es de un imposible o de algo que no le conviene a uno por ningún estilo, y todos son obstáculos... ¡Ay! Yo, como he tenido siempre más corazón que cabeza, podría escribir un libro de esto. Por eso digo que el casarse no significa nada, y quién sabe si usted no se habrá casado por eso mismo; porque se haya usted enamorado de un imposible.

FAUSTINO

¿Imposible? No. Yo nunca he tenido tiempo para enamorarme. Allá de estudiante tuve una novia. ¡Pobrecilla! Muy buena; me copiaba en limpio los apuntes; estudiaba conmigo; sabía más de Química que yo entonces...

AMALIA

¡Vaya unos amores! ¿Y en qué paró todo?

FAUSTINO

En que la pobrecilla estaba muy delicada y se murió.

AMALIA

¿De tanta Química?

FAUSTINO

Yo lo sentí, lo sentí mucho. Con aquélla si me hubiera casado. Después, la verdad, no he encontrado nada, no he buscado tampoco... Y aquí me tiene usted...

AMALIA

No, ahí se está usted; yo no le tengo.

FAUSTINO

¡Qué buen humor!

AMALIA

Lo digo porque aquí ya se murmura de que yo venga a su casa de usted con tanta frecuencia.

LUISA

¡Mamá!

FAUSTINO

¡Qué pueblos éstos!

AMALIA

Siempre los tuve horror. Ya ve usted, el padre de ésta, mi primer marido, que era de aquí, compró esta casita cuando volvimos de Filipinas, con la ilusión de que pasaríamos aquí los veranos; pero como el padre no tuvo día bueno desde que volvimos a la Península, aunque siempre estaba con el pío de venir aquí, yo ni pensarlo: meterse en un pueblo donde no hay recursos para nada, con un enfermo de peligro... Y cuando él se murió, yo ni volver a pensar en la casa; no la vendí porque en seguida empezaron los pleitos y no podía disponer de nada; hasta ahora que ya no me queda más que uno y lo tengo ganado en primera instancia. Como Luisita había pasado tan mal invierno con la tarea de sus estudios y todos los médicos me decían lo mismo: «Al campo, al campo», entonces me acordé de la dichosa casa... y aquí me tiene usted, digo, aquí me estoy, porque va usted a devolverme la pulla y me estaría muy bien devuelta.

FAUSTINO

¿Y dice usted que Luisita estudiaba?

AMALIA

¡Ya lo creo! La Música y el Canto. Tiene una voz preciosa; empezó la carrera del teatro, y empezó muy bien; pero cogió un catarrito, se le apoderó una debilidad, y tuvo que dejarlo; pero

al año que viene, Dios mediante, volverá a ganar lo perdido; ya tiene firmada escritura en cuanto queramos.

FAUSTINO

¡Pobre Luisita! Yo no sabía...

AMALIA

Yo, bien sabe Dios que me he opuesto con todas mis fuerzas; pero todos los amigos me decían lo mismo, que era un crimen no poner a esta niña en el teatro, que no había derecho a privarla de lo que pueda llegar a ser el día de mañana, y como las cosas han venido tan mal y nadie sabe lo que le cuesta a una sostener una posición y una casa con decencia y dando que decir lo menos posible, pues hice el sacrificio, y los mejores maestros y un viaje a París para que viera artistas y educación de todo, porque las cosas hacerlas bien o no hacerlas... Usted figúrese lo que me habrá costado todo esto, y sosteniendo dos pleitos durante quince años, y usted dirá si yo habré pasado lo mío, y usted dirá si yo habré sido una mujer dispuesta cuando he podido hacer frente a todo y salir adelante con mi hija; que los días amargos que yo he pasado no se los deseo ni a los tíos de ésta, que son mis mayores enemigos y los que nos han puesto a mí y a esta pobre criatura a dos dedos de la perdición, por ser unos sinvergüenzas y unos bandidos, que esa es la palabra; y si una no tuviera creencias y no estuviera segura de que hay un cielo y hay un infierno, era para haber hecho un disparate todos

los días..., y usted perdone, que en hablando de esto ya estoy trastornada y no sé lo que digo.

FAUSTINO

¡Sí habrá usted pasado!... Y su pobre hija...

AMALIA

¡Ay, mi hija no! Que ella le dirá a usted si me ha visto nunca llorar delante de ella ni desesperrarme; al contrario, siempre cara de risa, que para que ella no pasara nada lo he pasado yo todo... ¡Eso sí que no! Hija de mi alma, que no he tenido más verdad en este mundo... ¿No es verdad, hija mía?

LUISA

¡Mamá!

FAUSTINO

Se ve que es muy buena.

AMALIA

Demasiado buena; que no es para este mundo, como yo le digo; que la gente buena estamos de más en este mundo...

ESCENA IV

DICHOS y TRINIDAD por la segunda izquierda.

TRINIDAD

¿Ustedes saben la hora que es? Piensan ustedes almorzar?

FAUSTINO

Sí, sí; vamos... Como dijiste...

TRINIDAD

Para que vean ustedes si es posible ponerse a hacer nada hasta que no les ve una a ustedes sentados a la mesa, y aun así, que a lo mejor se levantan ustedes y vuelven ustedes a enredarse con los librotos...

FAUSTINO

¡No calles, no calles!

AMALIA

Trinidad tiene razón; así no hay arreglo de casa posible.

TRINIDAD

Dígalo usted, señora.

AMALIA

Y gracias a que tiene usted una alhaja con esta Trinidad.

FAUSTINO

¿Oyes, Trinidad? Ponte hueca; una alhaja...

AMALIA

¡Ay, ya lo creo! Dígamelo usted a mí, que tengo que aguantar a aquellas tarascas de Madrid. Antes de venir al pueblo he mudado ocho; en cuanto llegaba la hora de venir, ninguna quería acompañarnos: unas, que la familia; otras, que los novios; otras, que... vaya usted a saber... Por

fin, me he traído una calamidad que no sirve de nada; un mostrenco, como yo le digo, que el día que no queremos quedarnos sin comer tengo yo que meterme en la cocina. Por cierto, Trinidad, que tiene usted que decirme cómo hace el guisadito de pobre, como yo le digo; al pasar antes por la cocina me dió el olorillo, y era riquísimo... Trinidad es de lo que no se estila; no hay más que ver esa cocina, con las baldosas que se mira una la cara, y todo tan limpio... ¡Esto no, porque aquí no dejarán ustedes que se dé un escobazo, como todos los hombres! Pues sí, Trinidad, tiene usted que enseñarme más de cuatro cosas, porque su cocina de usted huele siempre a gloria, abre el apetito.

TRINIDAD

Muchísimas gracias, señora. Cuando usted quiera, ya sabe la señora; yo pasaré por su casa... Todo lo que usted quiera...

MANUEL

(*Bajo a D. Faustino.*) Esta doña Amalia... ya domesticó a Trinidad...

FAUSTINO

La adulación lo vence todo. Si el animal más bravo entendiése nuestro lenguaje, sólo con decirle: «¡Qué bonito eres, animal, pero qué bonito!», ya estaba domesticado. (*Alto.*) Vengan ustedes al comedor.

AMALIA

No, no; almuercen ustedes tranquilos; nosotras buscaremos unos cuantos libros y nos vamos en

seguida, que en casa también faltan quehaceres; que nos hemos venido con lo puesto y queremos arreglarnos cuatro trapos antes de que se eche el calor encima. Vayan ustedes, vayan ustedes.

FAUSTINO

Pues con su permiso. (*Vase por la primera izquierda.*)

MANUEL

Señora, señorita..., con su permiso...

LUISA

¿Dónde me dijo usted que encontraría esos libros?...

MANUEL

En aquel estante, señorita. (*Vase por la primera izquierda.*)

ESCENA V

AMALIA y LUISITA

AMALIA

Si todos los libros de ustedes son tan antiguos que no se entienden... Y luego, hija, con unas palabrotas...; luego dicen de lo que ahora se escribe...

LUISA

¡Ay, mamá! ¡Robinsón, aquí está Robinsón! ¡Las ganas que yo tenía de leer Robinsón!

AMALIA

Eso está también en zarzuela... Robinsón en su isla...; sí, eso debe ser bonito.

LUISA

¡Ay, Bertoldo! ¡Mira, aquí está Bertoldo!... ¡Las ganas que yo tenía de leer Bertoldo! No haberlo visto antes...

AMALIA

¿Bertoldo? Eso es del tiempo de Mari-Castaña. A mi abuela Dolores le oía yo contar de Bertoldo, Bertoldino, Marcolfa y Cacaseno unos disparates muy graciosos.

LUISA

¡Ay! ¡Las Mil y una noches!

AMALIA

También tengo una idea. Pero no me gusta, nada de eso me gusta. A mí, para leer y en el teatro, me gustan las cosas muy sentidas, tristes, ¡qué sé yo!, parece que le consuelan a una más de lo suyo... Yo no soy como otras personas que no les gusta más que las cosas de mucha risa.

LUISA

Pues no veo nada más. Porque estas son cosas de estudio.

AMALIA

(Acercándose a la primera izquierda.) ¿Hay apetito?

FAUSTINO

(Dentro.) Regular; el estómago anda regularcillo.

AMALIA

Con esa vida que llevan ustedes... Nunca salen ustedes a dar un paseíto por el campo, tan hermoso como está.

FAUSTINO

¿Pero de veras no quiere usted tomar nada? Venga usted, venga usted acá... Un poquito de flan que tenemos de postre.

AMALIA

¡Ay, mire usted, eso sí, porque soy muy golosa!... ¿Para qué voy a negarlo? Pero cuando ustedes acaben... ¿Qué miras ahí, Luisita, con tanto afán?

LUISA

Mira...

AMALIA

¡Uy! Quita, quita... Nunca he podido ver eso... todo lo que tenemos por dentro. ¡Qué horror! ¡Si tiene uno más maquinaria que un reloj! ¡Así cómo es posible que todo ande bien ni que tenga uno día bueno!

LUISA

Este es el corazón, ¿verdad?

AMALIA

¡Ay, sí; el corazón!... ¡Qué cosa más fea! ¡Y pensar que de ahí le provienen a una todas las des-

gracias!... ¡Cuánta madeja de cosas y cuánto enredijol Deja ya eso, criatura.

ESCENA VI

DICHAS y TRINIDAD por la segunda izquierda. Después DON FAUSTINO y DON MANUEL por la primera izquierda.

TRINIDAD

¡Señora! Doña Amalia...

AMALIA

¿Qué ocurre?

TRINIDAD

La muchacha de usted que trae este parte que ha llegado ahora mismo.

AMALIA

¡Ay, traiga usted, traiga usted! Muchas gracias... Ya estoy sobresaltada; como nunca espera una nada bueno... (*D. Faustino y D. Manuel salen.*)

FAUSTINO

¿Qué es? ¿Qué sucede? ¿Le ocurre a usted algo desagradable?

AMALIA

¡Ay, por Dios! No dejen ustedes de almorzar...; lo que molesta una...

FAUSTINO

No, señora; es que nos interesa...

MANUEL

Sí, nos interesa...

AMALIA

Voy a ver, voy a ver. ¡El Dulce Nombre...!

LUISA

¿Qué es, mamá?

FAUSTINO

¿Qué es, señora?

AMALIA

¡Si más desgraciada que yo no la hay en el mundo! ¡Si yo no puedo tener hora tranquila en ninguna parte!

LUISA

¿Pero qué?

FAUSTINO

¿Qué sucede?

AMALIA

¿Qué hora es?

MANUEL

Las dos y media.

AMALIA

Nada; que en el tren de las tres me voy a Madrid.

LUISA

¡Mamá!

FAUSTINO

¿Es alguna noticia de algún pleito?

AMALIA

No, es mucho peor; no quiera usted saberlo... ¡Cosas de la vida! No quiero perder tiempo; así mismo me voy.

LUISA

Nos vamos... Pero...

AMALIA

No, tú no; voy yo sola. Esta noche estoy de vuelta en el tren de las nueve.

LUISA

¡Mamá!

AMALIA

No te aflijas, si se arreglará todo; ¡vaya si se arreglará!... Ya sabes lo que es... No te apures... Si no trata una nada más que con gentuza... Pero, por Dios, almuercen ustedes; no me hagan ustedes caso.

FAUSTINO

Yo quisiera poder servir a usted...

MANUEL

Le acompañaremos a usted a la estación.

AMALIA

No, por Dios; de ningún modo; me acompañará la chica.

LUISA

Y yo, y yo, mamá.

AMALIA

No, tú no; tú te quedas aquí hasta que yo vuelva, y ustedes perdonen.

FAUSTINO

¡No faltaba más!

LUISA

Yo quiero ir contigo.

AMALIA

Que no, que no, que es una tontería, que no me haces falta. Hasta la noche, hija mía; no estés apurada; yo lo arreglo todo, ¡vaya si lo arreglo! Hasta luego, don Faustino, y usted perdone; y usted también, don Manolito; les he dado a ustedes el almuerzo; no, si es que ni yo vivo tranquila, ni puedo dejar tranquilo a nadie. Ustedes perdonen; adiós, hija mía.

LUISA

¿Vendrás esta noche?

AMALIA

¡Ya lo creo!..., en el tren de las nueve. Pero no salgas a la estación, que las noches todavía están frías y el tren siempre llega con retraso, y la estación de aquí es imposible. Que no me llores, que no me seas tonta.

FAUSTINO

Siento mucho el disgusto...

MANUEL

Siento mucho...

AMALIA

No se molesten ustedes. Sigán ustedes almorzando, que voy volada con el trastorno que les he causado, que no sirve una más que para molestar. Hasta luego..., hasta luego... Adiós, hija mía; que no me llores..., que no me llores.

ESCENA VII

DICHOS menos DOÑA AMALIA

FAUSTINO

¿Estás triste, Luisita? ¿Es cosa grave el disgusto de tu mamá?

LUISA

Sí, señor; sí.

FAUSTINO

Yo no he querido ser indiscreto insistiendo en saber la causa... Si hubiera estado en mi mano evitarlo...

LUISA

No, señor; no... Pero no dejen ustedes de almorzar...

FAUSTINO

Si casi habíamos terminado... Y ya se nos pasó el apetito. ¿Verdad? Calle, a don Manuel, no. *(Viendo que D. Manuel ha vuelto a entrar en el comedor.)*

LUISA

Usted perdone... Vaya usted también.

FAUSTINO

No; yo no quiero más que el café. ¡Trinidad!

TRINIDAD

(Dentro.) ¿Qué, señor?

FAUSTINO

Tráeme aquí el café y unas galletas. Vamos, Luisita, no te aflijas así.

LUISA

Si usted no sabe, don Faustino; estaba yo tan contenta de verme aquí todo el verano tranquilas las dos, mi madre y yo, en nuestra casita, que no vale nada, pero a mí me parece un palacio. Es nuestra..., estábamos solas...

FAUSTINO

Y ahora... ¿Es que...?

LUISA

Ahora, lo estoy viendo, tendremos que volver a Madrid... ¡Dichoso Madrid! ¡Le tengo un odio!

TRINIDAD

(Entrando con el café.) El café, señor... ¿Pero no acaba usted de almorzar?

FAUSTINO

No tengo más gana. Déjalo ahí.

TRINIDAD

¡Válgame Dios! ¿Está usted llorando, señorita? ¿Han tenido ustedes alguna desgracia?

LUISA

Sí, un disgusto... Una mala noticia...

TRINIDAD

¿Y su mamá de usted?

LUISA

Se ha ido a Madrid. Vuelve esta noche.

TRINIDAD

¡Válgame Dios! ¿Algún enfermo en la familia?

LUISA

No.

TRINIDAD

¿Les han robado a ustedes la casa? Las casas de Madrid no se pueden dejar solas... ¿O ha habido fuego?

LUISA

No..., no...

FAUSTINO

Mira, luego te lo contaremos todo... Déjanos ahora.

TRINIDAD

Bueno, bueno... Si una cosa es que una sienta la pena de la señorita, y otra cosa que me importe... Si no hubiera preguntado nada, hubiera usted dicho que era una bestia sin sentido; como vi que la señorita lloraba, pues me pareció que debía decirle algo... Pero con usted no se acierta nunca.

FAUSTINO

Sí, mujer, sí. Callando acertarás siempre. (*Vase Trinidad por la segunda izquierda.*) Y vamos a ver. ¿Por qué tienes ese odio a Madrid y por qué sentirías tener que volver ahora?

LUISA

¡Ay, don Faustino!

FAUSTINO

Mira que me da mucha pena verte llorar así. ¿Hay amores por medio? ¿Amores contrariados?

LUISA

¿Amores? ¿Amores yo? No, don Faustino; son cosas muy tristes; de siempre, de toda la vida... Apuros de mi casa..., el carácter de mi madre... Mi madre es muy buena; pero tiene un modo de ser...

FAUSTINO

Muy viva de genio, ¿verdad?

LUISA

Sí, señor, sí.

FAUSTINO

Y así... vamos, algo... poco previsora, ¿verdad?

LUISA

Sí, señor, sí.

FAUSTINO

Y luego, esos pleitos que ella cuenta... Los pleitos traen siempre disgustos y gastos...

LUISA

No lo sabe usted. Con mi orfandad no tenemos para vivir.

FAUSTINO

¿Tu orfandad? ¿No es viudedad de tu madre lo que tenéis?